Sn DANIEL
PROFETA

SAN DANIEL
PROFETA

Andrés Codesal Martín

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

La casta Susana

Susana era una joven muy hermosa, casada con un varón llamado Joaquín, muy rico e ilustre.

A la casa de Joaquín acudían todos los judíos ilustres, y allí se reunían y tenían sus asambleas.

Junto a la casa tenía un hermoso jardín amurallado, y tenía una bonita piscina, donde la joven Susana acostumbraba bañarse todos los días al medio día cuando el calor apretaba, y cuando todos se habían retirado a sus casas para comer.

Aquel año habían elegido jueces del pueblo a dos ancianos de perverso corazón y que ocultamente guardaban en sus corazones vergonzosas y lascivas pasiones hacia la joven Susana.

Habiéndose enterado que diariamente se bañaba a la hora del medio día, uno de los días se quedaron escondidos entre los arbustos, para verla desnuda mientras se bañaba.

Cuando la joven llegó, creyendo que dentro del recinto no había nadie, y cuando se desnuda y se mete dentro del agua, las pasiones de los viejos se encendieron de tal manera, que osaron salir a su encuentro para abordarla con amenazas.

«Mira: las puertas del jardín están cerradas y nadie nos ve; si tú no accedes a nuestros deseos testificaremos contra ti, diciendo que te hemos visto con un joven, y, sabes que según la ley, serás condenada a morir a pedradas».

Entonces Susana, reconociendo su situación, llorando dijo: «En estrecha situación me habéis puesto y veo que ya no hay remedio para mí, pues bien se que cumplireis lo que decís si no accedo a vuestros deseos y sin remedio he de morir. No obstante, prefiero mil veces la muerte siendo inocente, antes que ofender a Dios en su presencia accediendo a vuestros deseos». Y en cuanto dijo esto, dio un grito muy fuerte, pidiendo socorro; pero los viejos también gritaron y corrieron a abrir la puerta y contar su versión engañosa de lo sucedido, y como los ancianos eran de aspecto venerable, les dieron crédito.

Juicio criminal contra Susana

Al día siguiente, reunido el pueblo y presentada la joven, los ancianos puestos de pie en medio de la asamblea, testificaron diciendo: Mientras nosotros estábamos paseando solos por el jardín, entró esta mujer con dos doncellas, despidió a las doncellas y cerró las puertas del jardín. Entonces se acercó a ella un joven que estaba escondido y se acostó con ella. Nosotros que estábamos en un rincón, y viendo claramente que estaban pecando, nos lanzamos contra ellos; pero el joven se nos escapó saltando por la muralla.

La asamblea los creyó, puesto que se trataba de ancianos del pueblo y jueces, y la condenaron a muerte.

Clamó entonces Susana a grandes voces diciendo: «¡Dios eterno, conocedor de los secretos y sabedor de todas las cosas antes de que sucedan! Tú sabes que han pronunciado un falso testimonio contra mí, y he aquí que yo voy a morir sin haber hecho nada de lo que éstos inventaron maliciosamente contra mí».

Intervención y juicio de Daniel

El Señor escuchó su oración, y cuando sacaban ya a Susana de la ciudad para darle muerte, he aquí que un niño llamado Daniel se acercó a la comitiva gritando: «Inocente soy yo de la sangre de ésta». Y volviéndose hacia él toda la gente, le dijeron: ¿Qué es ésto que dices? Entonces él puesto en pie en medio de todos, dijo: ¿Tan insensatos sois, oh hijos de Israel, que sin examinar y sin conocer la verdad, habéis condenado a una hija de nuestro pueblo? Volved al tribunal y yo os demostraré que estos ancianos perversos han condenado a una inocente.

Volvió, pues, el pueblo a toda prisa, y los ancianos dijeron a Daniel: Ven y siéntate en medio, y veamos lo que Dios te ha revelado.

Entonces dijo Daniel: Separad a los acusadores y presentadme a uno después del otro.

Al presentarse el primero, le dice Daniel: «Has envejecido entre maldades, y ahora van a caer sobre ti todas tus injusticias, oprimiendo a los inocentes. Pues bien, si es que la viste pecando, dinos, ¿dónde estaban?

Respondió él: Debajo un lentisco.

A lo que replicó Daniel: Ciertamente has mentido, y el ángel del Señor ya ha sentenciado que te partirá por medio.

Se llevaron al primero y trajeron al segundo acusador, y le dijo:

¡Raza de Canaan!; la hermosura te fascinó y la pasión pervirtió tu corazón, dime, ¿dónde la sorprendisteis pecando?

Respondió: Debajo de una encina.

A lo que repuso Daniel: Ciertamente también tú has mentido, y contra tu cabeza has sentenciado; pues el ángel del Señor está esperando con la espada en la mano para partirte por medio.

Entonces la asamblea exclamó en alta voz, bendiciendo a Dios que salva a los que ponen en El su esperanza, y levantándose contra los viejos calumniadores, les dieron el mismo castigo que ellos mismos habían sentenciado contra la inocente Susana.

El ídolo Bel

Había a la sazón en Babilonia un ídolo llamado Bel; y se gastaban para él cada día gran cantidad de comida que todas las tardes colocaban a sus pies.

Hasta el rey le rendía culto e iba todos los días a adorarlo.

Era Daniel uno de los confidentes del rey a quien honraba más que a todos sus amigos.

Un día dijo el rey: ¿Por qué no adoras a Bel?

A lo que Daniel respondió: Porque yo no adoro a los ídolos hechos por los hombres; solamente adoro al Dios vivo que creó el cielo y la tierra, y es el Señor de todos.

Replicole el rey: ¿Acaso crees tú que Bel no es un dios vivo? ¿No ves cuánto come y bebe cada día?

A esto Daniel no pudo menos de soltar una carcajada, y le dijo riendo: No te dejes engañar, oh rey; porque él por dentro es de barro, y por fuera de bronce y nunca come.

Montando el rey en cólera hizo llamar inmediatamente a los sacerdotes del ídolo, a los cuales dijo:

–Si no me decís quién se come todo éso que se gasta, moriréis; pero si me hacéis ver que todo eso se lo come Bel, morirá Daniel por haber blasfemado contra Bel.

Dijo Daniel al rey: Sea como has dicho.

Eran setenta los sacerdotes de Bel, sin contar sus mujeres y los hijos.

Dijeron los sacerdotes de Bel: Mira, nosotros nos vamos, haz oh rey que se pongan las viandas y se sirva el vino; luego cierra la puerta y séllala. Si mañana está intacto el sello y han desaparecido los manjares, sabrás que ha sido Bel quien todo se lo ha comido.

Ellos no tenían miedo, porque por debajo del altar tenían hecho un pasadizo secreto, por donde entraban y se lo comían todo.

Aceptó el rey la proposición, pero mientras traían y colocaban los manjares, mandó Daniel a sus criados que trajesen ceniza y con una criba la esparciesen sobre el pavimento.

Después que todos salieron, el rey mandó cerrar y precintar la puerta con el sello real, y así se fueron.

Durante la noche entraron los sacerdotes con sus mujeres e hijos, y como de costumbre, se lo comieron todo.

A la mañana siguiente se levantó el rey temprano, y llamando a Daniel, ambos se fueron al templo de Bel.

Al llegar a las puertas, preguntó el rey a Daniel: ¿Están intactos los sellos?

Respondió Daniel: intactos están, oh rey.

Abriendo la puerta y mirando el rey a la mesa donde se habían colocado las viandas, y viendo que las habían comido, exclamó en alta voz:

¡Qué grande eres, oh Bel! y no hay en ti engaño alguno.

Mas Daniel sonriendo, detuvo al rey y le dijo: Mira, oh rey, el pavimento, y ve de quien son estas pisadas.

Veo –dijo el rey– pisadas de hombres, de mujeres y de niños. Entonces el rey se dio cuenta del engaño y muy irritado mando prender a todos los sacerdotes de Bel con sus mujeres y los hijos. Ellos le mostraron el pasadizo secreto por donde pasaban todas las noches a comer lo que se ofrecía a Bel. El rey, haciéndolos morir a ellos, entregó a Bel a Daniel, quien lo destruyó juntamente con el templo.

Daniel mata al dragón

Había en aquel lugar un dragón grande al cual adoraban los babilonios. Y dijo el rey a Daniel:

–Mira, ahora ya no podrás negar que este es un dios vivo. Adórale, pues.

A lo que respondió Daniel:

Yo adoro al Señor mi Dios, porque El es el Dios vivo; pero éste no es un dios vivo, pues si tú me das licencia, yo le haré morir sin necesidad de espada ni palo.

A lo cual, dijo el rey:

–Tienes mi permiso.

Tomó Daniel un trozo de pez, con sebo y pelos, con lo que hizo unas bolas que arrojó sobre la boca del dragón, el cual, tragándolas, reventó.

Cuando supieron esto los babilonios se irritaron en extremo y, levantándose contra el rey, dijeron:

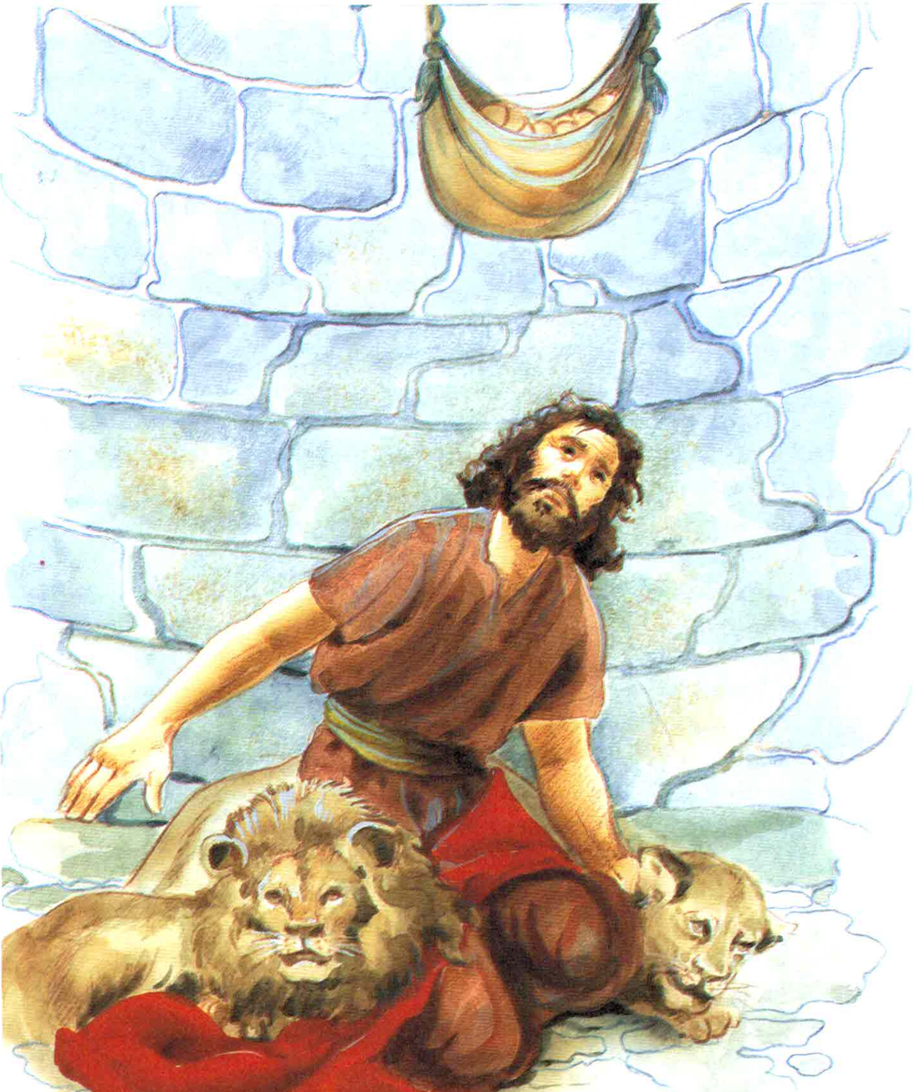
–El rey se ha hecho judío, pues permitió la destrucción de Bel y asesinó a todos sus sacerdotes, y ahora también ha dado muerte al dragón.

Y dijeron al rey: Entréganos a Daniel, o de lo contrario te mataremos a ti y a toda tu familia.

Viendo el rey que no tenía escapatoria, les entregó a Daniel, y ellos se lo llevaron y lo arrojaron al foso de los leones, donde estuvo seis días.

Había en el foso siete leones a los que les daban cada día dos cuerpos humanos y dos ovejas, y en todos aquellos días no les dieron nada para que se devorasen a Daniel.

Vivía por entonces en Judea el profeta Habacuc, el cual, habiendo preparado comida, iba al campo a llevársela a los segadores. Y apareciéndosele en el camino un ángel del Señor, dijo a Habacuc:



Coge esa comida que tienes preparada y llévasela a Babilonia para Daniel que está en el foso de los leones.

Contestó Habacuc: Señor, nunca he visto Babilonia, ni sé dónde está ese foso.

Entonces el ángel del Señor lo cogió por los cabellos, y con la velocidad de su espíritu, lo llevó hasta Babilonia y lo dejó encima del foso.

Gritó Habacuc, diciendo: Daniel, siervo de Dios, toma la comida que Dios te envía.

Entonces dijo Daniel: ¡Tú, Señor, te has acordado de mí, y no has desamparado a los que te aman.

Levantándose Daniel, comió las viandas, mientras el ángel del Señor devolvía a Habacuc a su lugar.

Cuando ya se cumplía el séptimo día, vino el rey hasta el foso para llorar la muerte de Daniel, y al mirar dentro y ver a Daniel sentado entre los leones sano y salvo, exclamó en alta voz, diciendo:

¡Grande eres, Señor, Dios de Daniel!

Y haciendo que le sacasen del foso, mando arrojar al mismo a todos cuantos habían maquinado contra Daniel, los cuales fueron devorados apenas cayeron al foso.

Entonces dijo el rey: Teman y respeten al Dios de Daniel todos los habitantes de la tierra; porque El es el Salvador, el que obra prodigios y maravillas sobre la tierra.

Nuevas maquinaciones contra Daniel

Habiendo nombrado el rey a Daniel inspector, y sobresaliendo entre todos por su capacidad, el rey pensó ponerlo al frente de todo el reino, nombrándole jefe de todos los inspectores y los sátrapas.

Llenos de envidia contra Daniel los demás inspectores, andaban buscando un motivo para acusar a Daniel, en lo tocante a los asuntos del reino, pero no pudieron encontrar motivo alguno, ni la más leve falta, porque era fiel y cumplía en todo perfectamente con su deber.

Dijeron entonces aquellos hombres: No encontraremos motivo alguno de acusar a este Daniel, si no hallamos algo contra él en la ley de su Dios.

Así, pues, aquellos inspectores y sátrapas fueron precipitadamente al rey y le dijeron: Vivas por siempre, oh rey! Todos los inspectores del reino, los prefectos, los sátrapas, los consejeros y los gobernadores aconsejan que se promulgue un edicto real, por el cual se ponga en vigor esta prohibición: Quien por espacio de treinta días haga una oración a quienquiera que sea, Dios u hombre, fuera de ti, oh rey, sea arrojado al foso de los leones. Ahora, pues, oh rey, promulga el edicto y firma el documento, para que, según la ley irrevocable de los persas y medos, no sea modificado.

El rey accedió y firmó el documento de la prohibición.

Cuando supo Daniel la ley que se había promulgado, entró en su casa y, abriendo todas las ventanas, se postró de rodillas y así tres veces al día, durante largo rato hacía oración a Dios, como lo solía hacer anteriormente.

Daniel es de nuevo arrojado a los leones

Los enemigos de Daniel lo expiaban para ver si cumplía el decreto, y como él no se escondía para adorar a Dios, les fue fácil cogerlo infraganti.

Luego fueron a casa del rey y le dijeron: ¿No firmaste tú un edicto, según el cual, quien por el espacio de treinta días hiciera alguna oración a quienquiera que sea, Dios u hombre, fuera de ti, oh rey, sería arrojado al foso de los leones?

Respondió el monarca: Eso es lo decidido, según la ley de los persas y medos, que es irrevocable.

Entonces ellos contestaron al rey en estos términos: Daniel, uno de los deportados de Judá, no hizo caso de ti, oh rey, ni de la prohibición que promulgaste; tres veces al día hace oración.

Al oír el rey estas palabras, recibió un gran disgusto y trató de salvar a Daniel. Hasta la puesta del sol estuvo tratando de librarlo. Pero aquellos hombres volvieron precipitadamente al rey, y le dijeron: Sepas, oh rey, que según la ley de los persas y medos, toda prohibición o edicto promulgado por el rey es irrevocable.

Ordenó entonces el rey que trajeran a Daniel y le arrojaran al foso de los leones.

El rey tomó la palabra y dijo a Daniel: Tu Dios a quien sirves con perseverancia, te salvará.

Trajeron después una piedra y la pusieron tapando la entrada del foso. El rey la selló con su anillo y con los anillos de sus magnates para que no se cambiara lo establecido con respecto a Daniel.

Después el rey se marchó a su palacio y se pasó la noche sin cenar y sin poder dormir.

El ángel salva a Daniel

Al amanecer, cuando empezaba a clarear el día, se levantó el rey y se fue a toda prisa al foso de los leones. Y, acercándose, gritó a Daniel con voz angustiada: ¡Daniel, siervo del Dios vivo, a quien sirves con perseverancia, ¿ha podido librarte de los leones?

Daniel, desde dentro del foso, respondió al rey: ¡Vivas por siempre, oh rey! Mi Dios envió a su ángel y éste cerró las bocas de los leones, que no me han hecho daño alguno, porque he sido hallado inocente ante El. Tampoco ante ti, ¡oh rey!, he cometido falta alguna.

El rey se alegró extraordinariamente de lo sucedido, y mandó que sacaran a Daniel del foso. Habiendo sido sacado del foso, no se encontró en él lesión y rasguño alguno, porque había confiado en su Dios.

Entonces el rey mandó que trajeran a todos aquellos que habían denunciado a Daniel, y ordenó que los arrojaran al foso, junto con sus mujeres y sus hijos.

Aún no habían llegado al fondo del foso, cuando ya se habían lanzado sobre ellos los leones y les habían triturado todos sus huesos.

Después el rey escribió a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: ¡Sea grande a todos vuestra paz! Yo el rey de los persas y medos, por mi mismo promulgo este decreto: «En todos los dominios de mi reino, teman todos y tiemblen ante el Dios de Daniel, porque El es el Dios vivo que subsiste eternamente; su reino no será destruido y su imperio durará hasta el fin. El libra y salva, y obra señales y prodigios en el cielo y en la tierra. El es quien libró a Daniel de las garras de los leones...»

Los tres jóvenes en el horno de Babilonia

El rey Nabucodonosor, en su desmedido orgullo mandó construir una gigantesca estatua de oro, de treinta metros de altura. Para su inauguración convocó a todos los dignatarios de Caldea, y publicó por un heraldo un decreto que decía:

«En el momento en que oigáis el sonido de la trompeta, de la flauta, de la cítara y otros instrumentos musicales, os habéis de postrar en tierra para adorar la estatua de oro que ha hecho levantar el rey Nabucodonosor. Cualquiera que se negare a postrarse para adorarla, será arrojado inmediatamente al horno de fuego...».

Daniel estaba entonces ausente, pues no se hace mención de él en este episodio; pero sus tres amigos, que habían sido llevados con él de Jerusalén a Babilonia para servir al rey, y que estaban bien instruidos en la religión verdadera por el mismo Daniel, rehusaron enérgicamente practicar este acto de idolatría.

Los caldeos, envidiosos de la distinción con que los honraba por su buen comportamiento, fueron y los denunciaron ante el rey.

Entonces el rey se llenó de rabia y furor, y mandándolos traer a su presencia, les dijo:

«Si ahora mismo, al momento que oyereis los instrumentos músicos, no os postrais y adoráis la estatua de oro, inmediatamente seréis arrojados al horno de fuego; y ¿quién será el Dios que os librará de mi mano?

Ellos contestaron: «No tenemos necesidad de responderte sobre este asunto; porque si nuestro Dios a quien servimos, quiere librarnos, nos librará. Pero aunque no nos libre del fuego, sabe, oh rey que nosotros no adoraremos a tus dioses ni a esa estatua de oro que has levantado».

Al oírlos el rey se enfureció tanto que su rostro se demudó y mandó que encendieran el horno siete veces más fuerte que

de costumbre. Y habiéndolos maniatado, los arrojaron dentro vestidos como estaban.

Encendieron el horno tanto como nunca lo habían encendido, con sarmientos, betún y estopas, y el calor aun fuera era insoportable. Pero los jóvenes no sentían el calor y se paseaban por dentro del horno cantando y bendiciendo a Dios

Los siervos de Nabucodonosor no cesaban de avivar el fuego arrojando al mismo cada vez más sarmientos, más betún y más estopas, llegando las llamas hasta la altura de cuarenta y nueve codos. Tanto quisieron encenderlo que las llamas abrasaron al agunos de los que se acercaban a avivar el fuego.

Mas el ángel del Señor, habiendo descendido al horno, se puso entre los muchachos para sacudir fuera la llama y que no les hiciera daño. E hizo que en medio del horno soplase un viento fresco, de forma que el fuego no les tocó ni se le quemó un hilo sólo de sus ropas.

Mirando el rey, dijo lleno de asombro:

«¿No fueron tres los hombres que echamos atados en medio del fuego?»

Respondieron ellos: «Así es, oh rey».

–«Pues entonces, ¿cómo se explica que estoy viendo cuatro hombres sueltos dentro del horno, que se pasean en medio del fuego, y el aspecto del cuarto es como un hijo de Dios?»

Comprendiendo el rey, se acercó a la puerta del horno gritando: «Sidrac, Misac y Abdénago, siervos del Dios Altísimo, salid y venid».

Y habiendo salido fuera, y comprobando que no habían sufrido ningún daño, dijo:

«Bendito sea el Dios de Sidrac, Misac y Abdénago, que ha enviado a su ángel y ha salvado a sus siervos que han confiado en El, y traspasando la orden del rey entregaron sus cuerpos a la muerte, para no servir más que a su Dios. Por tanto; cualquier pueblo, nación o lengua que hable mal de su Dios, será hecho pedazos...»

CON LICENCIA ECLESIASTICA -
I.S.B.N. 84-7693-227-8 • D.L. B. 42.095-92 APSSA. ROCA UMBERT, 26 - L'HOSPITALET DE LL. (Barcelona)